

Los orureños
Orureños

Alfonso Ocampo Young



Alfonso Ocampo Young (Oruro, 1922). Técnico en motores; narrador, libretista radial y comentarista de prensa. A partir de 1940, prestó sus servicios intelectuales en el diario "La Mañana"; las radioemisoras "Mercurio", "Oruro", y "El Cóndor" de Oruro y las radios "Cooperativa Vitalicia", "El Mercurio" y "Atlántida" de Santiago de Chile.

Culminó sus estudios en humanidades en el Liceo Manuel Bulnes, y profesionales en la Escuela de Ingeniería de la Universidad de Chile.

En este país trasandino, desempeñó además, funciones en la Biblioteca General de la Universidad Católica y fue alumno destacado de la "Cátedra Cervantes".

Dedicado en la actualidad a labores de urbanización en Agua de Castilla, Chiripujio y Alamas de su ciudad natal, se dedica también al cultivo de su sensibilidad espiritual, acrecentando su valiosa producción literaria y de comentario periodístico.

Un tesoro de la casa

Alfonso Ocampo Young

Si bien don Lorenzo de Aldana fue un indígena de España, lo recordaremos siempre como un buen orureño.

Después de ambular por allá y acullá siempre guerreando como soldado que era y conquistador, desde Guatemala a Quito, al Cuzco y Puno, hasta el infuasto periplo a Chile, el Capitán Aldana se arrellanó al amor de las serranías de este amable Oruro. Amable, por cuanto significa "digno de ser amado".

Aunque ésta era tierra ignota para los metecos, don Lorenzo con el olfato singular de los peninsulares para captar el aroma argénteo, se había puesto a buscarlo y lo halló ahí. Tal ocurrió en Paria, cuando la huaste ibérica iba de paso a Chile y no debieron cierto tiempo a la espera del grueso de las fuerzas expedicionarias. Entonces, los advenedizos, para no estar mano sobre mano expuestos a ser roídos por el ocio, con gran entusiasmo se dieron a arrasar la primigenia Paria y a fundar la primera población española en el Collasuyo en 1535. La llamaron Paria porque en la región vivían los indios parias. De igual modo que se denomina a Charcas por los charcos, a Carangas por los corangas, y así... ¡Y cesó tanto alboroto popular de traer por los cabellos etimologías exóticas!

Mientras sus camaradas se dedicaban a tan insignes actividades, Lorenzo ni tanto ni perezoza, empleaba su tiempo en afanes más utilitarios, sonseacar a los oriundos -estimulando en ellos su mentalidad fatalmente proclive a la jactancia-, el derrotero de los yacimientos argentíferos.

Conseguido su propósito, lo depositó en su memoria. Llegando el momento supo esgarzar la corriente de trifúlcas que se amaban mutuamente los españoles y, en tanto ellos se hartaban de mojicones, Aldana se desahizó inadverablemente hasta llegar al pie del Pie de Gallo. Cerro henchido del argentino metal que él trasegó a sus arcas con su trabajo y el de sus adláteres indígenas a quienes recompensó generosamente a su tiempo. De esto último dice Alberto Crespo Rodas: "dispuso testamentariamente la distribución de su fortuna entre quienes lo ayudaron a obtenerla". (Colección "Documentos Orureños" Vol. II Dir. Carlos Condorco Santillán, 1977).

Y Angel Torres: "... instituyó un mayrazgo en favor de los nativos de su estada Ezequielada, con mandato de construirles y mantener tres hospitales, usarlos e las necesidades del culto y a los desvalidos". ("Oruro en su Historia", 1994).

Su embargo, el Capitán no contemporizó con los soberbios, como lo ilustra la anécdota que nos contó Carlos Condorco, y es más o menos así: resulta que unos esclavos suyos, anoticiados en su lejana Extramaradura del rango económico alcanzado por su pariente en América, se allegaron a él con el propósito que es de suponer.

Aldana les demostró los importantes bienes que delegaría en su favor... ¡Ah, pero ellos protestaron; que no era tan exiguo lo que se merecían!

«Tate! Tate, señor tío! exclamaron- no olvidéis que también nosotros somos hidalgos».

«Tate! Tate, hidalgueros! ¡quénta la réplica, cibilante y definitiva, el tan hidalgo! ¿por qué tan pobres? Y... Si tan pobres ¿por qué tan hidalgos?»

Fue como decirles: "Volved a vuestro terruño extremeño y arañad la tierra y ordeñad cabras, pero hacédo dignamente sin pedir a

nadie lo que no logradéis con vuestro esfuerzo". ¡Zas!

Segun suponen algunos autores, Aldana no habría alcanzado a llevar todos sus caudales cuando hubo de marcharse a Arequipa por quebrantos de salud, habiendo dejado buena parte enterrada en algún lugar de este suelo. Tal vez sea más acertado pensar que, como en aquellos tiempos no existían establecimientos a guisa de los bancos actuales, la gente de fortuna escondía lo suyo bajo tierra.

Sea como fuere, esta imagen del tesoro soterrado ha quedado bien impresa en la mente de los orureños como una herencia de don Lorenzo. Así es cómo, para infinidad de ellos, la existencia del "entierro" es una realidad y cada cual tiene por cierto que se halla en alguna parte de su propia casa, Juan, Manuel, Simforosa... hasta Johnny, lo creen, sobre todo la Elexis, la Jacqueline y la Jeanette, cuyos nombres tan extranjeros (aunque no sus apellidos), parecieran sugerir una buena dosis de asepticismo hacia las tradiciones criollas.

Uno de aquellos abogados antaños le decía a su contertulio:

«Mira, Pedro, aquí se palmeaba afectuosamente el chaleco so el cual se alojaban las tres instancias de un ampuloso vientre-, aquí yo tengo el derrotero del "tapado de Aldana" que se halla subterráneo en tu casa colonial de la calle Bolívar, a un tiro de piedra de la Plaza de Armas. Estoy dispuesto a entregártelo si hemos de convenir en que, al descubrirlo tú, nos repartiremos el metálico a medias».

Don Pedro no se dejaba influir por tan espléndida oferta:

«José, tu casa de la Ranchería es más antigua y está donde mismo empezó a fundir Oruro; por allí, Aldana u otros millonarios tienen que haber escondido la plata, por tanto debes trabajar la gran cavazón en tu traspatio, donde sin duda tendrás tu encuentro con la fortuna. Por esta revelación que te hago yo no te pido nada, porque sé de tu espíritu equitativo de magistrado que supera el sesenta por ciento».

Aunque era una burrada la de don Pedro, increíblemente se engorzó en el cerebro del abogadito quien terminó convencido - como mucha gente- de que el "entierro" era parte de su morada, lo cual confirmaba con cierto deleite y aire misterioso a sus amigos, más allegados. ¡Ah, ilusión...!

Un diletto amigo, muy cerebral por cierto, vive en la cumbre de El Altillio, punto muy mentado por las historias y leyendas que dicen guarda en su entrabo la codiciada riqueza. El hombre se queja de tener que bajar y subir del albicain mañana y tarde diariamente y que, finalmente, venderá su propiedad. ¿Y por qué no lo hace ya? «Todavía no. Espero la llegada de un detector con mayor capacidad, el cual ubicará el metal alojado en mi casa y me hare rico. Después yo con mi pequeña y atribulada familia nos mudaremos al plan bajo».

Doña Marcelina era la dueña de una finca que empezaba donde termina el serrón en que se apoya la ciudad de Oruro. Esto queda al poniente del Puente Español. Lugar sombrío, silencioso, misterioso. Con una capilla donde se veneraba a la Virgen del Rosario, y un ribazo con su "mouná" arqueológica de sepultura. Hasta el nombre es causaria espeluznos: "Ch'usuqeri o Morada de la Lechuzas". En medio del campo un molino de viento para extraer el líquido freático, que asuma su máxima importancia cuando San Indio se tornaba remiso en abrir las compuertas del cielo. Esta labor es competencia de dicho santo y no de San Pedro a quien injustamente se achaca de mala administración de las aguas celestes, cuando se producen sequías o inundaciones. El error de juicio proviene de alguna simpleza que confunde compuertas, con puertas.

Esta doña Marcelina tenía una amiga, menor que ella con algo

más de una generación; más hubo honda estima entrambas.

- Oyeme, Victoria - en tono coloquial- eran los postreros tiempos coloniales...

- don García Cuenca de Oropesa, hidalgo español que fue de mucha fortuna, pero a causa de su vida borrascosa se hallaba a la sazón navegando a la deriva en un mar de inopia, deudas, y acosado por los corchetes de la justicia que aviesamente pugnaban por aperecollarlo. Vivía, pues, como se dice, a salto de mata y en una de esas matas se topó con su compadre Hilarón, Hilarión... no sé cuantos. Éste era un indígena de muy buen natural y bien mirado tanto por la abundancia de sus recursos cuanto por sus cualidades personales.

Cuenca refirió a Hilarón los azares de su aporreada existencia tan angustiosamente que, conmovido, el confidente le prometió los medios para su salvación. Le nombró un día y un lugar en despoblado donde habían de juntarse. Llegada la fecha, en el sitio indicado ya estaba el compadre con su gente quienes le vendaron los ojos, pues el camino era secreto. Tendieronle en unas parihuelas y empezó la marcha.

Este don García, que tenía sus buenos puntos de picaro redomado, se dio maña para marcar la huella del trayecto; tomó su completo rosario y desgranando sus cuentas las fue echando, con mucho tiento, una a una al suelo. Entretanto seguía su curso el silencioso grupo.

Terminó la caminata metiendo por los meandros de una colina hasta dar con una caverna. Liberado ya de su venda, le deslumbraron los agudos destellos del oro herido por la luz de las antorchas.

Aun se hallaba Cuenca turulutá por la tremenda impresión, cuando Hilarón le instó a tomar el caudal suficiente para saldar sus deudas y otra buena cantidad para colmar sus faltriqueras.

A todo esto, con el ajeteo y las emociones, don García se estaba pereciendo de sed, por lo cual diéronse a beber de una orza de agua. Al apurar el líquido sintió un intenso sabor de almendras que, naturalmente, llamó toda su atención. Al instante imaginó que con este dato y las piezas del rosario podría volver a la dorada cueva...

De regreso al punto de partida - García libre del vendaje y con la bolsa repleta -, los dos compadres se abrazaron, no sin las consiguientes expresiones de gratitud del beneficiario y se despidieron cordialmente.

Cuando Cuenca se hallaba en pleno regodeo celebrando su astuta empresa de la prenda devota, reapareció Hilarón y llegando se al ribaldo le dijo:

«Compadre don García -, como disculpándose -, me había estado olvidado entregarle "estilo" que se le ha caído en el viaje».

Al mismo tiempo le entregó un atadajo y se fue. Desasudado el atadajo... ¿que es lo que ahí encontré?, ahí mismo, como abalorios felices del retorno a su dueño, se hallaban sus faltreras, las risueñas bolitas de su rosario... del rosario de don García...

Terminado su relato doña Marcelina afirmaba:

- En está dilatada comarca no hay un lugar fuera de mi finca, donde en encuentro agua con sabor de almendras. Yo la he pasado un mi propiedad. ¡Por tanto - concluía solemnemente - el tesoro de Aldana reposa en mi Ch'usuqeri!

«Y García Cuenca de Oropesa», Ay Don García! Pasó el resto de sus días en eterno peregrinaje a las innumerables fontanas de esta región, llenando el buche en cada una de las, acacateado por su afán obsesivo de catador hidráulico.

